

Artillería

Estrategias para asfixiar a irredentos

Criminalizar, detener, deportar es una de las fases de la estrategia del nuevo gobierno estadounidense para ahorcar a los países que no se rinden a sus pies. Devolver a los nacionales como sea, sin respetar su condición humana, ni las llamadas libertades que tanto exhiben en Norteamérica.

Xenofobia, homofobia, colonialismo, aporofobia, racismo y autoritarismo afloran hoy en Estados Unidos, todas esas formas de discriminación y odio venían encapsuladas en la consigna trumpista: Make America Great Again (Maga), siempre presentes en el corazón del imperio, pero renovadas en las órdenes ejecutivas firmadas por Donald Trump a partir del 20 de enero de 2025.

Después vendrán otras formas de agresión. Allí están las Medidas Coercitivas Unilaterales o las sanciones como comúnmente les llaman, siendo estas las preferidas pues disfrazadas de “castigos personalizados” perjudican y aprietan la economía de toda la población.

Al nuevo equipo de la Casa Blanca les agrada presionar. A México y Canadá con aranceles de 25%. A Panamá por el control del Canal. Después a Groenlandia y luego extendieron la amenaza a otros países que compran petróleo a Venezuela. El comercio internacional está en la mira de los nuevos gobernantes sin importarles para nada las consecuencias que puedan causar a su propia economía, por ejemplo, el Estado de Nebraska está confrontado la dura crisis que representa la escasa mano de obra para la agricultura y la ganadería. Y así se irán sumando otros Estados donde los migrantes latinos y de otras latitudes vendían su mano de obra.

I/ Edgar Vargas



Suplemento Dominical del

CORREO DEL **ORINOCO**

Domingo 30 de marzo de 2025 • Nº 701 • Año 10 • Caracas

Carta del estudiante palestino de la Universidad de Columbia, Mahmoud Khalil, retenido desde el 8 de marzo. El motivo: la orden ejecutiva de Trump de combatir el antisemitismo

T/ Mahmoud Khalil
F/ Cortesia

Mi nombre es Mahmoud Khalil y soy un preso político. Escribo esta carta desde un centro de detención en Luisiana, donde me despierto con el frío de las mañanas y me paso días interminables siendo testigo de las injusticias sigilosas que se cometen contra tantas y tantas personas excluidas de toda protección legal.

¿Quién tiene derecho a tener derechos? Desde luego, los seres humanos hacinados en estas celdas no. No el hombre senegalés que conocí y que había sido privado de su libertad durante un año, mientras su situación legal estaba en el limbo y su familia al otro lado del océano. No el detenido de 21 años que conocí, que pisó por primera vez este país cuando tenía nueve y lo deportaron de inmediato sin siquiera concederle una audiencia.

Dentro del perímetro de los centros para inmigrantes de esta nación, la justicia deja de tener efecto.

El 8 de marzo fui detenido por unos agentes de inmigración que se negaron a mostrarme una orden judicial y nos abordaron a mi mujer y a mí cuando volvíamos de cenar. A estas alturas, las grabaciones de esa noche ya se han divulgado públicamente. Ni siquiera me dio tiempo a entender qué estaba pasando; los agentes me esposaron y me metieron en un coche camuflado. Entonces, lo único que me preocupaba era la seguridad de Noor. No tenía ni idea de si a ella también la habían llevado, pero habían amenazado con hacerlo porque no se separaba de mí. Estuve horas sin que me brindasen ningún tipo de información; no estaba al tanto ni de la causa de mi arresto ni de si existía

“Mi detención injusta evidencia el racismo antipalestino”



Protesta frente a la Universidad de Columbia contra la detención de Mahmoud Khalil



Mahmoud Khalil, detenido

Siempre he creído que mi deber iba más allá de liberarme del opresor; que también debía liberar a mis opresores de su odio y su miedo. Mi detención injusta evidencia el racismo antipalestino que tanto la Administración de Biden como la Administración de Trump han demostrado en los últimos 16 meses, periodo durante el cual Estados Unidos

una orden de deportación inmediata. En el edificio gubernamental situado en 26 Federal Plaza, tuve que dormir acostado sobre el suelo frío. De madrugada, unos agentes me trasladaron a otro edificio en Elizabeth, Nueva Jersey, donde también me acosté en el suelo sin nada para taparme, a pesar de haber pedido una manta.

Mi arresto fue una consecuencia directa de ejercer el derecho a la libertad de expresión para defender una Palestina libre y exigir el fin del genocidio en Gaza, que se reanudó con fuerza el lunes por la noche. Ahora que se ha roto el acuerdo de cese al fuego establecido el pasado enero, los padres en Gaza vuelven a acunarse de sus hijos demasiado pequeños y las familias se ven obligadas a sopesar la hambruna y el desplazamiento para evitar las bombas. Tenemos la obligación moral de seguir luchando por su libertad total.

Las directoras Shafik y Armstrong y la decana Dean Yarhi-Milo son responsables de haber allanado el terreno para que el Gobierno estadounidense me atacase arbitrariamente, al disciplinar a los estudiantes propalestinos y permitir las

campañas virales de revelación intencionada de información personal –basadas en el racismo y la desinformación– sin someterlas a ningún tipo de control.

Nací en un campo de refugiados palestinos en Siria. Mi familia fue desplazada de sus tierras por la Nakba de 1948. Pasé mi juventud cerca, aunque lejos, de mi tierra natal, si bien ser palestino es una experiencia que trasciende las fronteras. En mi situación actual percibo similitudes con el uso que Israel hace de la detención administrativa –el encarcelamiento sin juicio ni acusación formal– para despojar al pueblo palestino de sus derechos. Pienso en nuestro amigo Omar Khatib, quien, volviendo a casa de un viaje, fue encarcelado por las fuerzas israelíes sin presentar cargos contra él ni procesarlo. Pienso en el doctor Hussam Abu Safiya, pediatra y director del Hospital de Gaza, secuestrado por el ejército israelí el 27 de diciembre y a quien todavía tienen recluido en un centro de tortura. Para las personas palestinas, el encarcelamiento sin el debido proceso es moneda corriente.

ha suministrado armas a Israel para matar a la población palestina y ha frenado la intervención internacional. A lo largo de décadas, el racismo antipalestino ha impulsado iniciativas para ampliar el uso de las leyes y las prácticas estadounidenses que se aplican con el fin de reprimir de forma violenta a la comunidad palestina o árabe–estadounidense, entre otras. Precisamente por eso me están atacando a mí.

Mientras espero las resoluciones judiciales que determinarán el futuro incierto de mi mujer y nuestro bebé, quienes permitieron que me volviese un blanco de ataque permanecen cómodamente en la Universidad de Columbia. Las directoras Shafik y Armstrong y la decana Dean Yarhi-Milo son responsables de haber allanado el terreno para que el Gobierno estadounidense me atacase arbitrariamente, al disciplinar a los estudiantes propalestinos y permitir las campañas virales de revelación intencionada de información personal –basadas en el racismo y la desinformación– sin someterlas a ningún tipo de control.

Me he convertido en un objetivo de la Universidad de Columbia por mi activismo. Han creado una oficina de disciplina autoritaria para sortear el debido proceso y silenciar a los estudiantes que critican a Israel; se han doblegado a la presión de las autoridades federales al revelar los expedientes del alumnado al Congreso y han sucumbido a las últimas amenazas del Gabinete de Trump. Mi arresto, la expulsión de al menos 22 alumnos de la universidad –entre quienes hubo estudiantes a los que les arrebataron sus títulos de grado apenas unas semanas antes de la graduación– y la expulsión de Grant Miner, dirigente del sindicato Student Workers of Columbia en la víspera de las negociaciones contractuales, son claros ejemplos de ello.

Si algo prueba mi detención es la potencia del movimiento estudiantil a la hora de convencer a la opinión pública de que apoye la liberación palestina. Los estudiantes llevan mucho tiempo liderando el cambio: los hemos visto al frente de las manifestaciones contra la Guerra de Vietnam, del movimiento por los derechos civiles y de la lucha contra el apartheid en Sudáfrica. Incluso hoy en día, aunque el público todavía no lo haya captado, son los estudiantes quienes nos guían hacia la verdad y la justicia.

La Administración de Trump me persigue como parte de una estrategia más amplia que tiene como objetivo acallar las opiniones disidentes. Tanto las personas titulares de un visado o un permiso de trabajo como quienes tengan la ciudadanía serán blancos de ataque por su ideología política. En las próximas semanas, los estudiantes, los defensores de derechos y los cargos públicos deben unirse para defender el derecho a protestar por Palestina. Nuestras voces están en juego, pero también las libertades civiles fundamentales de todos.

Soy plenamente consciente de que el presente trasciende mis circunstancias individuales; con todo, espero estar libre para presenciar el nacimiento de mi primer bebé. 🇵🇸

<https://ctxt.es/es/>

No será fascismo, pero se le parece mucho

La expulsión de un científico francés por criticar en privado las políticas de Trump es el último capítulo del preocupante deslizamiento de Estados Unidos hacia el totalitarismo.

T/ Manuel Ligeró

Hace unos días, Guillem Martínez –en esta casa somos muy de Guillem– se hacía eco en un espléndido artículo de otro publicado por el economista Thomas Piketty en Le Monde. En él explicaba por qué el trumpismo no es percibido, stricto sensu, como fascismo. El autor de El capital en el siglo XXI (con un conocimiento mucho mayor que el que podamos tener nosotros, no vamos aquí a enmendarle la plana a quien es, qué duda cabe, un cráneo privilegiado) llama al actual momento histórico «nacional-capitalismo», lo que sería una nueva etapa –furiosa, desahorada, ridícula, terminal y caligulesca– del neoliberalismo. Su explicación se basa en la historia y, más concretamente, en la historia de la economía (la única verdaderamente digna de llamarse historia, si nos atenemos a Marx).

A juicio de Piketty, Trump está cometiendo los mismos errores en los que incurrió Europa en el siglo XIX: una lucha sin cuartel por los territorios y las materias primas a golpe de arancel. Por aquel entonces, las potencias europeas impusieron «tributos coloniales a todos los países recalcitrantes, desde Haití a China, pasando por Marruecos». Y luego lo hicieron entre ellas. Los guantazos arancelarios tuvieron un momento estelar en la pugna entre Francia y Alemania, un a ver quién la tiene más grande que llegó al absurdo: la deuda alemana por este concepto triplicaba su PIB anual. Esa guerra comercial culminó (con 80 millones de muertos) en las dos grandes Guerras Mundiales. El trumpismo, esa «mezcla de nacionalismo brutal, de conservadurismo social y de liberalismo económico desbocado», ha entrado ya en esa dinámica, la última fase –la del estertor– del neoliberalismo reaganiano. Ahora mismo EE.UU. es un zombi. Está económicamente muerto, pero todavía no lo sabe, y en el interín nos mordeará a todos para que muramos con él.

Piketty «no lo denomina fascismo», recuerda Guillem Martínez. «Lo que viene es la nueva extrema derecha, la mayor amenaza a la libertad, la democracia y, tal vez, a la vida, desde el fascismo». La cuestión es: ¿de verdad es tan nueva? ¿No será el fascismo de toda la vida que nosotros, tan dados a intelectualizarlo todo, nos empeñamos en barroquizar buscándole tres pies al gato? Veamos un ejemplo, el penúltimo en esta preocupante deriva, para intentar salir de dudas.

El pasado 9 de marzo, Estados Unidos prohibió la entrada en su territorio (y después expulsó) a un científico francés (del CNRS, el equivalente galo a nuestro CSIC) que había viajado allí para participar en una conferencia. La razón fue que había expresado una «opinión personal» discrepante con la política estadounidense. Este investigador habría sido sometido a un control aleatorio en el aeropuerto durante el cual le requisaron su ordenador y su teléfono móvil. Allí pudieron

ver un intercambio de mensajes con colegas y amigos en los que criticaba la política de recortes de la Administración Trump en materia de ciencia. Las razones expuestas después del incidente son delirantes.

Según una fuente diplomática a la que tuvo acceso la agencia AFP, los mensajes que había en aquel teléfono móvil reflejaban «un odio hacia Trump que podría calificarse como terrorismo». Otra fuente habla de «mensajes de odio y conspiración». Hasta el FBI entró en el caso para, poco después, con el científico ya expedito de vuelta a Francia, «retirar los cargos».

Podemos darle muchas vueltas, pero esto, a simple vista, parece un claro ejemplo de fascismo. En un régimen democrático, nadie debería tener acceso a tus comunicaciones privadas sin tener una orden judicial basada en investigaciones previas y sospechas fundamentadas. Pero bajo el fascismo no existe la privacidad y, obviamente, no puede decir uno lo que le dé la gana.

Es más, el fascismo no sólo exige silencio, va más allá. El fascismo reclama demostraciones públicas de adhesión. Ya no es sólo que te metas tus discrepancias por donde te quepan, es que debes replicar obedientemente el discurso oficial. Cuando Volodimir Zelenski visitó, incauto, la Casa Blanca aguantó un chorreo denigrante por parte del emperador y, de propina, se llevó una lección de primero de fascismo: «Deberías agradecer al presidente sus intentos por poner fin a esta guerra», le dijo el vicepresidente J. D. Vance apuntándole con el dedo. En América se apunta mucho con el dedo. O sea, deberías decir lo que nosotros queremos que digas. Auto de fe, lo llamaba la Inquisición española (aquí también hemos apuntado siempre mucho con el dedo).

Es especialmente interesante el pasaje en el que Guillem Martínez se refiere al desprecio de Trump por el parlamento de su país. La primacía del Ejecutivo sobre el Legislativo podría ser, de hecho, «el gran programa de Trump», dice. «En una cultura jurídica y política en la que la jurisprudencia es muy importante, Trump intenta crear el precedente de que el Presidente puede gobernar solo de forma legal. O casi. Y, por ahora, le pita».

La italiana Michela Murgia, en esa esclarecedora maravilla titulada Instrucciones para convertirse en fascista, explicaba muy bien la diferencia entre el líder (ligado a las democracias) y el jefe (propio del fascismo): «El problema del líder democrático es que discute con quien le plantea opiniones contrarias dotándolas así de la misma dignidad que las suyas, de modo que a la hora de tomar una decisión los opositores lo deslegitiman. El jefe, en cambio, es sincero, leal, no finge que toma en consideración las numerosas opiniones contrarias que surgen alrededor de las personas que están al mando, y por esta razón sus decisiones no son negociables. Cuando gobierna, puede ganar o perder, pero al jefe hay que obedecerlo en cualquier caso».

Continúa Murgia en sus Instrucciones: «Habrà que aprovechar todas las ocasiones que se presenten para denigrar el parlamentarismo [por lento e improductivo], sobre todo en su composición proporcional, y promover como solución más eficaz el presidencialismo (...) Es importante repetir que los órganos de negociación democrática son trabas burocráticas que no sirven para nada».

Es muy habitual entre la extrema derecha criticar la burocracia. Lo cierto es que allí donde hay burocracia, hay civilización, ley y orden. Y donde no la hay, individualismo, destrucción y barbarie. Piensen en una frase del tipo «relléneme usted este impreso para que un funcionario de la Junta visite su finca y pueda evaluar si puede usted excavar un pozo para extraer agua o no». Bellísima, ¿verdad? Pues Elon Musk no piensa lo mismo. Su «agencia paragubernamental», dedicada a los recortes y a la eliminación de la burocracia, ha conseguido, nos recuerda Martínez, logros muy discretos, «lo que invita a pensar que su objetivo principal también es teatral: amedrentar; imponer la lógica del miedo en los departamentos gubernamentales, cambiar sus perspectivas». Y el miedo, más incluso que la porra, es el instrumento predilecto del fascismo.

El nuevo 'orden del día' del fascismo Musk, por cierto, capitanea el grupo de empresarios multimillonarios adeptos a Trump, casi todos ellos barones de lo que ya se conoce como «tecnofeudalismo», entre los que se encuentran Mark Zuckerberg (Facebook) o Jeff Bezos (Amazon). Al verlos a todos ellos en fila durante la ceremonia de la toma de posesión era inevitable recordar El orden del día, de Eric Vuillard, en el que narra el apoyo que Hitler obtuvo de los grandes patrones de la industria alemana: Opel, Siemens, Bayer, Agfa, Krupp... Antes, en la Italia de Mussolini, pasó algo parecido. Las élites se pusieron al servicio del Estado fascista para hacerse aún más ricas. Fascismo y capitalismo han vivido siempre una relación simbiótica. Como indica David D. Roberts en su libro El totalitarismo, «los fascistas (de aquellos años) habían llegado a la conclusión de que el problema no residía en el capitalismo o en la propiedad privada sino en la cultura liberal en general». Es decir, en lo que hoy llamaríamos lo woke. La educación y el respeto hacia otros seres humanos (lo woke, despojado de connotaciones risibles, se podría resumir así) ha sido el gran caballo de batalla del fascismo en esta indigesta guerra cultural que, en su máxima expresión, dura ya una década.

Otra de las recetas que propone Murgia para el auge del fascismo es «granjearse enemigos», ¿y qué otra cosa ha hecho Trump desde que tomó posesión del cargo? «No se convierte uno en fascista sin un enemigo, porque el fascismo, para proponerse, debe oponerse». La Unión Europea, Groenlandia, Canadá, México, Panamá, todos son sus enemigos. Todo aquel que no se pliegue a sus deseos es su enemigo. Incluidos, por supuesto, los propios jueces norteamericanos, a los que amenaza continuamente si dictan sentencias que no le gustan.

Para seguir trazando paralelismos entre el nazifascismo y el trumpismo podríamos poner los aviones con inmigrantes que ha mandado a prisiones de El Salvador junto a los trenes que iban camino de Buchenwald, pero la idea ya ha quedado bastante clara.

Volvamos, para finalizar, a la gran Michela Murgia: «Nos llamarán nostálgicos, nuevas derechas, nacionalistas o de otras maneras, pero serán ellos [los demócratas] los que evitarán pronunciar la palabra fascistas».

<https://www.lamarea.com>

Mensaje de Avaaz:

Recuperar la alegría para rebelarnos contra el fascismo

Avaaz es una organización internacional que promueve el activismo ciudadano, cuenta con 44 millones de miembros y con ellos realiza campañas globales coordinadas por un equipo de activistas trabajando desde 30 países. Se comunican con los miembros a través de correo electrónico y emplean tácticas de campaña diversas que incluyen peticiones públicas en línea, videos, y otras estrategias para contactar directamente con los gobernantes. En algunos casos, utiliza anuncios publicitarios o contrata asesorías legales para determinar cómo impulsar una campaña, y también realiza acciones directas, marchas, y llamadas telefónicas masivas para hacerse escuchar.

Avaaz no recibe aportes de fundaciones ni de corporaciones, ni tampoco ha aceptado donaciones individuales de más de cinco mil euros.



El pasado 18 de marzo, Avaaz envió este mensaje vía correo electrónico:

Estos últimos meses el mundo ha recibido un golpe tras otro. No hay forma de decirlo.

En Avaaz nos estamos haciendo una pregunta que probablemente mucha gente se está planteando: con tanto sufrimiento y tanto por hacer, ¿dónde centramos nuestros esfuerzos?

Y hemos llegado a una conclusión inesperada: tenemos que recuperar la alegría para rebelarnos contra el fascismo y convertirnos en un motor progresista que nos haga avanzar hacia la prosperidad que tanto necesitamos.

¿Estás de acuerdo con que esta sea la premisa que guíe a la comunidad de Avaaz este año?

Si No

Como miembro de Avaaz, tu opinión es fundamental para que nuestro equipo pueda hacer bien las cosas.

Pensamos que ha llegado la hora de nuestra revolución. La revolución de quienes no queremos renunciar a la alegría, el amor y los cuidados, ni a dejar un planeta sano a nuestros hijos e hijas. La revolución de quienes no miraremos para otro lado ante el sufrimiento ajeno ni nos conformaremos con falsas soluciones y con políticos que sean un mal menor.

Existe otro camino, pero tendremos que construirlo entre todos y todas porque nuestros dirigentes no lo harán en nuestro lugar. Por suerte, nuestra comunidad tiene la fuerza de millones de personas preparadas para este momento.

¿Qué te parece el plan? ¡Nos interesa de verdad! Por favor, responde la encuesta y dínos qué piensas.

Con todo nuestro cariño, nuestra esperanza y nuestra determinación, Nell, Nana, Patri, Aloys y todo el equipo de Avaaz. 🇵🇸

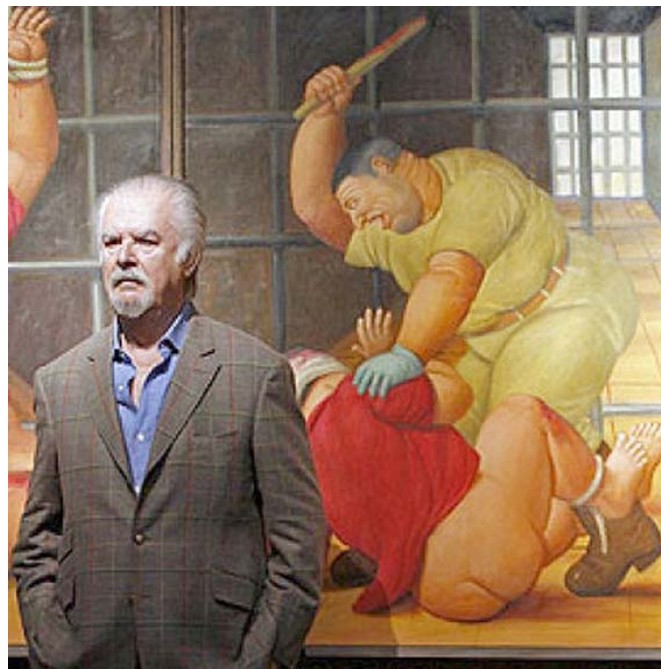
Fuente: <avaaz@avaaz.org>

T/ David Gómez Rodríguez
F/ Cortesía

Las primeras bombas que lanza el imperialismo en el ejercicio de la violencia y la dominación son la injuria y la mentira. En este sentido, “la lucha contra el terrorismo” como argumento legitimador para la injerencia, la tortura y la guerra son una conocida artimaña utilizada por EEUU para imponer a sangre y fuego un régimen en el que sus intereses económicos y geopolíticos se aseguren, siempre empapando con sangre y tapiando con escombros los conceptos de democracia y libertad. Un ejemplo claro de ello fue la operación que realizaron contra el “terrorismo” en Irak, país al que destruyeron buscando unas armas de destrucción masiva que nunca existieron. En el proceso invadieron un país, derrocaron un gobierno, asesinaron líderes políticos en actos públicos, instalaron 11 bases militares, impusieron un régimen que permitió la persecución y la tortura, para finalmente volver a demostrar que la “democracia” y “la libertad” no son el fin de estas operaciones, pues luego de 20 años, Irak, el segundo mayor productor de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, que genera unos 8.000 millones de dólares al mes en coordinación con corporaciones estadounidenses, es incapaz de proveer servicios básicos a su población, que sufre dentro de su alma calamidades mayores, pues las cicatrices de la tortura y la humillación no son fáciles de borrar, por lo contrario quedan en la memoria de una manera tan dramática como las serie de obras de Fernando Botero llamadas Abu Ghraib ¡Qué terrible pregunta me llega a la mente al ver las pinturas del afamado pintor colombiano! ¡Será más inhumano lo hecho por los nazis en las cámaras de gas de Auschwitz o lo hecho por los gringos en las cárceles de Irak?

La palabra “terrorismo” hoy se utiliza para calificar a una organización criminal en la que pretenden inscribir a todos los venezolanos y venezolanas por el simple hecho de ser migrante en un contexto político donde EE. UU. acosa, a fin de imponer su “democracia” y su “libertad” al país que, no casualmente, ostenta la primera reserva petrolera del mundo. En esa persecución muchos venezolanos, empujados por las consecuencias económicas y sociales que se desprendieron de la asfixia que los EEUU y sus aliados ejercieron contra

Los migrantes venezolanos, Abu Ghraib y los campos de concentración de Bukele



Botero se inspiró en Abu Ghraib para denunciar las torturas

la economía venezolana al imponer más de 1.028 medidas coercitivas unilaterales, las cuales han sido catalogadas por la ONU como ilegales y que constituyen una forma de tortura social contra un pueblo, han sufrido calamidades innumerables. Estas medidas en sí son crímenes que atentan contra la dignidad humana al buscar afectar la seguridad alimentaria, socavar la eficiencia en el sistema salud y sumir en la oscuridad a todo un país a través del colapso de su economía. Por si fuera poco fustigar a la población que ha resistido en Venezuela de manera victoriosa, el presidente de los EEUU, Donald Trump, amparándose en la Ley de enemigos extranjeros (1798) ha publicado a través de la página web de la casa blanca un decreto que garantiza las condiciones jurídicas y operativa para una gran operación de persecución al estilo nazi contra los venezolanos en EEUU. En consecuencia, mientras escribo estas líneas más de 300 familias reclaman a sus hijos exigiendo justicia frente a una decisión que criminaliza la migración, estigmatiza a una nación, justifica la tortura y viola los derechos humanos ¿No es esto fascismo?

«El Triunfo de la Muerte» es otra obra a la que debo hacer referencia, pues nos confronta con cuerpos apilados que recuerdan al holocausto nazi, miradas vacías de prisioneros despojados de humanidad y símbolos que hacen pensar en el horror. Este cuadro es una de las mejores obras de toda la producción de Felix Nussbaum el cual se encuentra en Osnabrück, su ciudad natal. Esta obra, creada en contexto de la persecución de judíos, comunistas, negros y disidentes políticos en la Alemania de Hitler, hoy dialoga con las fotografías y videos

de Tik-Tok del Centro de Confinamiento del Terrorismo (CECOT) en El Salvador: cárceles donde 53.000 presos viven en celdas minúsculas y frías, bajo régimen de perpetua incomunicación, violencia programada y sumisión.

En estas mismas cárceles creadas por Bukele hoy se envía a los venezolanos que EE. UU. utiliza como símbolos del castigo. Frente a esta política de acoso imperialista, ya no contra una revolución, sino contra un pueblo, es pertinente tomar en cuenta las ideas de Zygmunt Bauman en su libro “Holocausto y modernidad” y entender que todo imperio necesita sus barbaros aunque tenga que inventarlos, más en una humanidad que se enfrenta a la crisis de su propio paradigma civilizatorio, con un capitalismo que se desquebraja entre la desigualdad y la guerra, haciéndonos pensar que es necesaria una nueva modernidad, no ésta que nos lleva a la persecución de nuestro propio género, de genocidio en genocidio; no esta que crea campos de concentración “modernos”.

Cuando el secretario ejecutivo de ALBA-TCP, Jorge Arreaza, cataloga de neonazi a la política de Trump y Bukele está denunciando el resurgimiento

del fascismo con nuevos métodos y estrategias. Cuando en 1945 se liberaron los campos de concentración, se encontraron 7.000 kg de cabello humano; en 2023, las cárceles salvadoreñas exhiben otro tipo de trofeos, por ejemplo, 12.000 tatuajes removidos y 5.800 confecciones bajo tortura según la CIDH. Esto ya es grave desde el punto de vista de los derechos humanos, no obstante se hace mucho peor la situación al incluir a los venezolanos entre estos reclusos, ya que, están secuestrando personas y criminalizando la migración por intereses políticos y económicos. Esto constituye un peligroso precedente y nos hace pensar que Trump y Bukele más temprano que tarde levantarán con descaro su brazo derecho saludando una esvástica disfrazada de dólar, como ya lo ha hecho su magnate transhumano, Elon Musk.

Felix Nussbaum, poco antes de ser detenido en Bruselas le dio muchas de sus obras a uno de sus amigos y le dijo: “Si yo muriera, no permitas que a mis obras les sucediera lo mismo, muéstralas al mundo”, Fernando Botero a su vez habla de dejar un testimonio de la violencia y los horrores cometidos por la humanidad. Esto me hace pensar que la persecución y la tortura no es solo contra los cuerpos, sino también contra el espíritu, contra la cultura. Con la invasión de Estados Unidos a Irak, el pueblo también perdió gran parte de su patrimonio cultural, saqueadores entraron a los museos, bibliotecas y sitios arqueológicos destruyendo y robando bienes que se remontan a la Mesopotamia antigua. También sucede con Rusia, a la que tratan de atacar incluso a través de la cancelación de Pushkin y la exclusión de sus deportistas en eventos internacionales. Asimismo, hace unos días en España se vetaron 3 películas venezolanas, entre ellas una que muestra la vida de Ali Primera, cantor del pueblo, defensor de la cultura popular y militante de la revolución ¿Será esto casual o es un ataque integral contra la venezolanidad? La respuesta huele a azufre, pero no triunfará la muerte. 🇺🇸

<https://www.telesurtv.net>



En la cárcel de Bukele los venezolanos son humillados y maltratados



Obra de Felix Nussbaum (1944). Alemán judío que murió gaseado junto a su esposa en Auschwitz